Infancia y niñez en los escenarios de la posmodernidad

Ponencia presentada en el
IV Congreso Argentino de Salud Mental 2009-Bs.As.

Autora
Silvina Cohen Imach de Parolo
Lic. en Psicología
Tucumán
Argentina

La infancia, definida por el Nuevo Diccionario Enciclopédico Ilustrado, constituye “la edad del niño desde su nacimiento hasta los siete años”, pero también el “primer estado de una cosa”, definición que sugiere el comienzo de un ciclo.
Por su parte, la palabra niñez, entendida como el período de la vida comprendido entre el nacimiento y la adolescencia, fue trasmitida de generación en generación y se fusionó en el imaginario social a la idea de pureza, ingenuidad e inocencia. Valores éstos que fueron tiñendo el sentimiento de los adultos y cristalizó a la niñez en esa imagen (Giberti, 1997), invisibilizando los atropellos cometidos hacia los niños.

SURGIMIENTO DEL “SENTIMIENTO DE LA INFANCIA”

Si bien en la actualidad el término niñez resulta casi emblemático, la actual manera de concebir al niño no existió desde siempre (Giberti, 1997). Es Philipe Ariès (1960), historiador europeo, quien aporta uno de los estudios históricos más importantes, aunque también controvertido por haberse ceñido en su estudio a una limitada parte de la sociedad francesa carente de representatividad proveniente de hogares instruidos (Tucker, 1980), sobre el tema. En gran medida la infancia, tal como se la concibe en la actualidad, es algo inventado en los últimos trescientos años (Ariès, 1960). Antes, apenas podía distinguirse un adulto de un niño.
El “sentimiento de la infancia” que surgió en el siglo XVIII e influyó en el actual sentimiento de la infancia, constituye el emergente de una profunda transformación de las creencias y de las estructuras mentales (Ariès, 1992). Surgimiento que coincide con las prácticas sociales capitalistas y los modelos hegemónicos de la burguesía y las elites europeas y que se hace extensivo a las clases populares un siglo más tarde (Shorter, 1977). También, ligado a la aparición de la familia moderna, reducida a los padres e hijos, la cual surgió progresivamente desde las ciudades del siglo XV, sostenida por una particular concepción del mundo, del tiempo y de las cuestiones cotidianas.
Entre los siglos XV y XVIII se transitaría, según Ariès (1960; 1987), desde un sentimiento medieval de la infancia hasta un sentimiento actual y plantea que la sociedad medieval no percibió la diferencia entre el mundo de los niños y el de los adultos y, por ello, los niños eran considerados como adultos pequeños o adultos en potencia (Tucker, 1980).

LA INFANCIA EN LA EDAD MEDIA

A lo largo de la Edad Media dominó en Europa Occidental una conciencia naturalista de la vida y del paso del tiempo. Cada uno de los miembros del grupo familiar dependía de los demás, y cumplir con la función de procrear era una responsabilidad en tanto era el vínculo entre el pasado y el futuro (Ariès y Duby, 1992). Tanto la vida como la muerte eran momentos naturales y esperables: “se salía de la tierra por la concepción y se volvía a ella por la muerte” (Ariès y Duby, 1992, p. 311).
De las costumbres de la época, se trasluce entonces, una estructura circular de un ciclo vital y la idea de una gran familia de vivos y muertos. En este inmenso colectivo, el individuo sólo disponía de su cuerpo en la medida en que no contraría a los intereses de la familia. La prioridad se dirigía al destino colectivo del linaje.
Dentro de ello, el niño era concebido como un vástago del tronco comunitario, y en tanto tal pertenecía a sus padres tanto como al linaje. En este sentido, era “un niño público” (Ariès y Duby, 1992, p. 313). Desde su nacimiento, los ámbitos público y privado se hallaban entrelazados. Venía al mundo en un lugar privado pero con la ayuda de parientes y vecinas. Sus primeros pasos y el rito del bautismo eran también momentos fundantes en la socialización del niño. La primera infancia era la época de los aprendizajes de la casa, del pueblo, del juego, de las relaciones con los otros niños, a través de los cuales se internalizaban las reglas de

pertenencia a una comunidad y las cosas de la vida cotidiana (Ariès y Duby, 1992). Ya a los siete u ocho años los varones, acompañaban a su padre al trabajo en el campo, y las niñas se quedaban con su madre y otras mujeres, aprendiendo el lugar y el rol de la mujer.
Existía poca intimidad, poco espacio para lo “privado” y lo “íntimo”, pero se fomentaba y se acrecentaba en cambio, la sensación de pertenencia a una gran familia.

LA INFANCIA EN LA MODERNIDAD

A raíz de los profundos cambios sociales y económicos producidos hacia fines del siglo XVI, en los medios más acomodados de las nacientes ciudades de la Europa Occidental, aparece indicios de una nueva relación con el niño. Tres cambios fundamentales, al menos, evidencian el surgimiento del sentimiento de la infancia, estudiados en aquellas sociedades:
En primer lugar, surgió como valor la voluntad de preservar la vida del niño; voluntad que fue en aumento en el transcurso del siglo XVII. “Librar a un niño de la enfermedad y de la muerte prematura, repeler la desgracia intentando curarlo: ésta es en adelante la meta de los padres angustiados” (Ariès y Duby, 1992, p. 316).
Locke (1695), convertido durante el siglo XVIII en un clásico de la pedagogía europea, señala la importancia de los cuidados de los padres para conservar y aumentar la salud de sus hijos o, “cuando menos, para hacer que tengan una constitución que no sea propensa a enfermedades” (p. 2). El cuerpo, entonces, gana autonomía, se separa del cuerpo colectivo, y en tanto cuerpo individual y perecedero, es preciso cuidarlo y librarlo del sufrimiento.
Con esto, el linaje se resquebraja a favor de la individualidad y dentro de este escenario, el hijo pequeño será cuidado y mimado en tanto ocupa un lugar diferente en la sociedad: lo que quieren por sí mismo y no porque supone un eslabón más en el linaje.
Numerosas obras escritas en esa época convocan a los padres a nuevos sentimientos, especialmente a la madre al amor maternal (Badinter, 1991).
En segundo término, el hecho de que muchas madres, sobre todo las de familias más acomodadas, dan a sus hijos a criar por un ama ajena a la familia, que revela que posibilidad de la mujer de elegir qué hacer con su tiempo, ya que no sólo tiene deberes, sino también tiene el derecho a vivir y a sentir placer; postura ésta, fuertemente criticada por médicos y letrados moralistas en tanto aleja a la mujer de la función productora y la reduce al simple papel de reproductora.
Y, en tercer lugar, la aparición de las nuevas estructuras educativas, rápidamente aceptadas por los padres, principalmente los colegios, ya que suponen que la educación podría “someter los instintos primarios al gobierno de la razón. Llevar a un niño a la escuela, es por tanto, sustraerle a la naturaleza” (Ariès y Duby, 1992, p. 325).
La escuela prepara al niño para el mundo adulto, y se convierte así en un importante factor de separación entre el adulto y el niño (Ariès, 1987). Sin embargo, esta nueva institución para los niños fue acompañada con métodos de educación muy severos.
En realidad, en esos tiempos, se observan dos tendencias, que tal vez persistan hasta nuestros días. Por un lado, algunos padres “demasiado apasionados por sus hijos, que se deslumbran con este “nuevo niño”, a quien lo consideran más despierto y más maduro, dando más importancia a la afectividad. Y por el otro, los moralistas, que denuncian que la complacencia con la que los padres y las madres educan a sus hijos, puede degenerar fácilmente en indulgencia excesiva (Locke, p. 49), siendo el mimo, entonces la causa de sus debilidades.
Este modelo de infancia fue acompañado de disposiciones jurídicas que respondían a las preocupaciones de naturaleza pública, disposiciones que constituyeron las bases de la política de protección a la infancia, con intervención del Estado en cuestiones sociales y demográficas.

LA NIÑEZ EN ARGENTINA

Si bien los primeros aportes sobre historia de la infancia fueron brindados por autores europeos que nos llevó a pensar la niñez según matrices de la historia europea, existen en la actualidad numerosos estudios sobre el tema realizados por autores argentinos que producen conocimientos importantes sobre la niñez en nuestro país (Carli, 2006).
Giberti (1997) rastrea el concepto de infancia en Argentina, y señala que “pensar la niñez desde la perspectiva de un continente con matrices culturales andinas, precolombinas y coloniales, sugiere buscar una lógica inclusiva que haga lugar a las diferencias entre diversos continentes” (p. 31). Puiggrós (1992), Carli (1994) y Ciafardo (1992), entre otros, aportan información relevante sobre la infancia y la niñez en nuestro país.
La etapa fundacional de la educación en Argentina, impulsada por Sarmiento , vino acompañada de una concepción de la infancia: un niño subordinado a sus padres y a los docentes, y en general, sin derechos propios. Sin embargo, existían al mismo tiempo, otros niños, al margen de la retórica sarmientina, que sólo se hicieron visibles a partir de esporádicas acciones de mujeres socialistas, anarquistas y preocupadas por los problemas de la humanidad (Carli, 1992).
Ciafardo (1992), por su parte, plantea que entre los años 1890 y 1910, los niños de Buenos Aires comienzan a diferenciarse de los adultos y entre sí, y se diferencian tres grupos de niños: los pobres, los niños de los

sectores medios y los de la elite. Clasificación que delimita las particularidades y las políticas para cada uno de ellos. La persecución, la detención y la internación cuando se trataba de niños vagabundos, transgresores o de niñas que ejercían la prostitución, mientras que para los otros dos grupos la política en general, estaba orientada a la enseñanza escolar y la normativización moral dentro de las escuelas.
Entre 1919 y 1930, los cambios producidos en el Estado se reflejan también en las prácticas hacia la infancia, a partir de la modernización pedagógica, el surgimiento del discurso de la minoridad y la institucionalización del menor no escolarizado. La preocupación por la infancia abandonada dio lugar a la Primera Conferencia Nacional que en 1933 se ocupó del tema, en la que se propusieron proyectos vanguardistas, aunque no fueran tenidos en cuenta (Carli, 1994).
Posteriormente, el peronismo resignificó la infancia como objetivo de Estado y el significante “niños privilegiados” tradujo una política y voluntad hegemónica en esos años. En contraste, en la actualidad, se registra una clausura del discurso de bienestar, situando a los niños pobres en la posición de “carenciados”, “usurpadores”, cuando no, “delincuentes juveniles”. El debate actual, tanto en lo político como en la sociedad civil, sobre bajar o no la edad de imputabilidad de los más pequeños, da cuenta de los nuevos significantes con que se representa a la niñez.
En general, lo que caracterizó a este colectivo social en Argentina fue la condición de sujetos pasivos en la historia social. Su participación activa, como sujetos de derechos y con una palabra que debe ser escuchada y respetada surge recién a partir del sello de la Convención de los Derechos del Niño convertida en Ley Nacional de 1990.

LA NIÑEZ EN LA ACTUALIDAD

En los actuales escenarios de la globalización, los paradigmas que definían a la niñez se transforman nuevamente, principalmente aquellas representaciones vinculadas a la obediencia de los más pequeños y la práctica de la autoridad por parte de los mayores, a los ideales a cumplir y al tipo de lazo que establecen con el otro.
Debido a la actual fragilidad de las normas y de la autoridad (no sólo a nivel microsocial, sino también en lo que respecta a lo macrosocial), los niños desarrollan nuevos comportamientos, que siguen, al decir de Giberti (1997), una “legalidad transgresiva” . Los comportamientos basados ente tipo de legalidad conllevan asimismo nuevos estilos de convivencia con los adultos, con el entorno y entre niños y niñas.
La lógica formal y el deber-ser heredado de kant, propios del modernismo, están fuertemente cuestionados, impactando más en la subjetividad el deber-tener, que el tradicional deber-ser. La lógica del consumo y del mercado es a la que los niños de hoy deben entrenarse. Si bien la niñez, como sujeto de la historia, aprendió a crecer en el estricto cumplimiento de las normas, quienes actualmente produzcan esa índole de obediencias, probablemente sean evaluados como poco inteligentes (Giberti, 1997), “nerds” y hasta “losers”. Términos, por su parte, que dan cuenta de los efectos de la globalización en el lenguaje.
Por otra parte, el mundo cultural y social de estos niños está impregnado por una fuerte estimulación visual y auditiva que, muchas veces, dificulta las construcciones simbólicas, a partir de la invasión de la televisión, de la Internet y de los juegos por computadora (Vasen, 2000; Levin, 2006). Las escenas excesivamente brutales o demasiado erotizadas que reciben pasivamente desde las pantallas exceden a veces la posibilidad de ser elaboradas psíquicamente, de tal manera que en algunos chicos puede surgir una sensación de vértigo. Sin embargo, es la ausencia del otro que abandona al niño al exceso de la pantalla, en tanto el adulto reproduce la lógica del mercado ofreciendo al hijo a la herencia del goce autoerótico que el padre mismo toma del objeto. “Para vos la play station, para mi el plasma” dirá el padre, “y de hablar… ni hablemos”.
La intrusión de la imagen virtual, que convierte en consumidores, cuando no “cómplice” a niños y niñas, constituye un fenómeno nuevo en nuestra cultura, siendo las respuestas de los chicos también novedosas y a veces hasta psicopatológicas (Giberti, 1997; Vasen, 2000). En lugar de depender de las pautas que años atrás brindaban las instituciones de referencia (escuelas, colegios, iglesia, clubes), ahora se someten a las indicaciones emitidas por la televisión o la Internet. Ordenes que desautorizan el universo simbólico de lo posible o lo desproveen del mismo, evidenciando una clara preponderancia del mundo de la imagen sobre el lenguaje escrito y conceptual.
Surgen nuevas modelos de infancias a partir de la influencia de los mass-media en un mundo de consumo que plantea y somete a nuevas reglas, donde la instrucción puede estar, no ya en la familia ni en la escuela, sino en un cyber, en un McDonald´s, en el shopping, en las estaciones de trenes o en los semáforos (Duek, 2006).
El proceso de creciente mercantilización de los bienes y servicios para la infancia (Lasch, 1979), denominado por algunos como macdonalización de la sociedad, surge como una nueva racionalidad económica (Ritzer, 1996) y genera la circulación de un nuevo tipo de signos polémicos, debido al interjuego de deseos, necesidades y afectos que produce en el consumo infantil. Mercantilización y consumos que, por su parte, van delineando nuevas identidades, a la vez que producen el debilitamiento de los espacios públicos (escuela, familia, clubes).
Las identidades infantiles sufren, con esto, un proceso de homogeneización y, a la vez, heterogeneización sociocultural. Si bien son muchos son los signos de uniformización de la cultura infantil como resultado de la globalización, la creciente desigualdad social genera una mayor distancia entre las formas de vida infantil. La

vida de los niños en countries y la vida de los niños de la calle constituyen un ejemplo de estos procesos que determinan subjetividades diferentes.
Hoy resulta cada vez más difícil sostener los viejos significantes que acompañaban a los niños de la modernidad: obedientes, dependientes, heterónomos, inocentes, dóciles (Corea y Lewkowicz, 1999). En este sentido, Narodowski (1999) plantea que las nuevas estructuras posmodernas provocan la “fuga” de la infancia, generando nuevas identidades infantiles, quizás todavía no del todo precisadas. Fuga, que según Narodowski, será hacia dos polos: la infancia hiperrealizada y la infancia desrealizada (Narodowski 1999; 2004).
La infancia hiperrealizada sería aquella procesada a los ritmos vertiginosos de la cultura de las nuevas tecnologías y los nuevos medios masivos de comunicación, lo que la conduce a comprender y manejar mejor las tecnologías dado que crece en ellas, se realiza en ellas. Son niños y niñas que no requieren de los adultos para acceder a la información. Es la infancia enchufada.
En el otro polo plantea la infancia desrealizada, independiente, autónoma, que construye sus propios códigos alrededor del aquí y del ahora, alrededor de las calles que los albergan y de los “trabajos” que los mantienen vivos. No despiertan en los mayores un sentimiento de ternura y cuidado. Es una infancia desenchufada, pero de la escuela y de la familia, que no logran retenerlos y cuando lo logran, no sabe muy bien qué hacer con ellos.
Así, y a modo de conclusión, si bien en la modernidad surgió el sentimiento que hoy conocemos hacia la infancia, la actualidad va definiendo nuevos estilos de ser niño, nuevos espacios de socialización y nuevos modos de vincularse con el otro. Entre los chicos de la calle y los chicos de los countries, entre los niños hiperrealizados y los desrealizados, entre los niños consumidores y los excluidos, entre los niños escolarizados o no pasa gran parte de las infancias, que construyen día a día aquellos sentidos de existencia.

REFERENCIAS

Ariès, Ph. (1960). El niño y la familia en el antiguo régimen, Madrid: Taurus.
Ariès, Ph. (1987). El hombre ante la muerte. Madrid: Taurus.
Ariès, Ph. y Duby, G. (1992). Historie de la vie privée. París: Editions du Seuil. 1985 (trad. esp. Historia de la historia de la vida privada. Tomo 5. 1992, España: Taurus).
Badinter, E. (1991). ¿Existe el amor maternal? España: Paidós.
Carli, S. (1992). El campo de la niñez. Entre el discurso de la minoridad y el discurso de la educación nueva, en Puigrós, A. Escuela, democracia y orden (1916-1943). Buenos Aires: Galerna.
Carli, S. (1994). "Transformaciones en el concepto de infancia en las alternativas pedagógicas (1990-1955)". En A. Puiggrós y M. Gómez (comp.). Alternativas pedagógicas, Buenos Aires.: Miño y Dávila.
Ciafardo, E. (1992). Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890/1910). Buenos Aires: CEAL.
Corea, C. y Lewkowicz, I. (1999). ¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez. Lumen Humanitas: Buenos Aires.
Duek, C. (2006). “Infancia, Fast food y consumo (o cómo ser niño en el mundo Mcdonald´s) en Carli, S. (Comp.) La cuestión de la infancia. Entre la escuela, la calle y el shopping. Paidós: Buenos Aires.
Giberti, E. (comp.) (1997). Políticas y Niñez. Buenos Aires: Losada.
Lasch, Chr. (1979). The Cultura of Narcissism: american life in an age of diminishing expectations. New York: Norton.
Levin, E. (2006). ¿Hacia una infancia virtual? La imagen corporal sin cuerpo. Buenos Aires: Nueva Visión.
Locke, J. (1695). “La educación de los niños”. París.
Narodowski, M. (1999). Después de clase. Desencantos y desafíos de la escuela actual. Buenos Aires: Novedades Educativas.
Narodowski, M. (2004). El desorden de la educación. Ordenado alfabéticamente. Buenos Aires: Prometeo.
Ritzer, G. (1996). The McDonaldization of society. An Investigation Into the champing Character of Contemporary Social Life. California: Pine Forge Press.
Shorter, E. (1977). The making of the modern family. Nueva York. Basic Books:
Teysseyre, D. (1982). Pèdiatrie des lumières. París.
Tucker, N (1980). ¿Qué es un niño? Madrid: Bruner.
Vasen, J. (2000). ¿Post-mocositos? Presencias, fantasmas y duendes en la clínica con niños y jóvenes de hoy. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Notas

1-El concepto de “sentimiento de la infancia” es acuñado por Phillipe Ariès. Véase en El niño y la familia en el antiguo régimen, Madrid: Taurus, 1960 y en Historia de la vida privada, tomo 5, 1992. En la actualidad este concepto es criticado, en tanto no es definido claramente por el mismo autor. Para la controversia, ver Giberti, E. Comp. (1997) op. Cit.

Domingo Faustino Sarmiento.

Según Eva Giberti explica la “legalidad transgresiva” es propia de las situaciones paradojales o ambivalentes. Caracteriza a las lógicas no convencionales, aquellas que se formulan a partir de las paradojas y las contradicciones. Lógicas que permiten el análisis de situaciones en las cuales las contradicciones incluyen la transgresión como uno de sus componentes. La transgresión es un gesto que concierne al límite, dirá Foucault (1963), Préface à la transgression, París, Minuit). Para pensarla es preciso desligarla de sus equívocos parentescos con la ética y librarla de lo que la asocie a lo escandaloso o subversivo. La transgresión, afirma Foucault, no busca conmover la solidez de los fundamentos.

Autor: Silvina Cohen Imach

Fuente: http://www.psicocent.com.ar